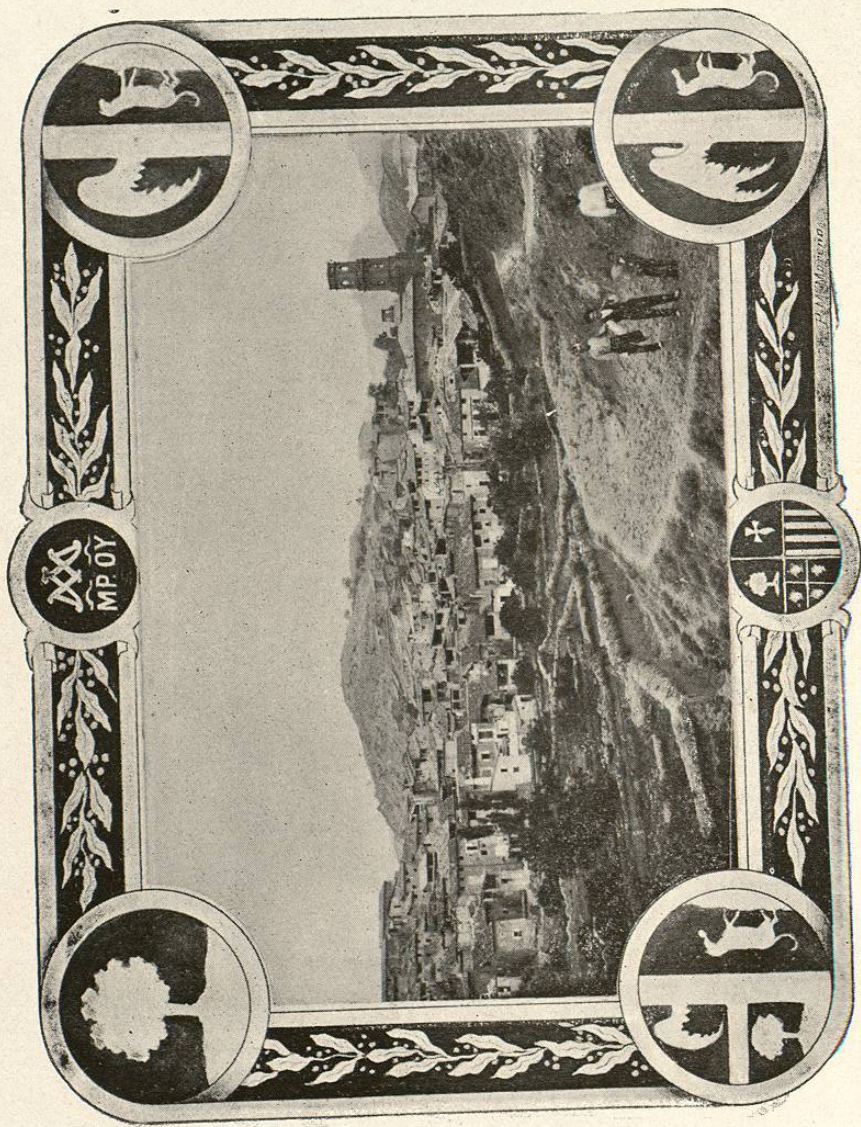


NACIÓ
SAN JOSÉ
DE CALASANZ
EN
PERALTA DE LA SAL
NOTABLE VILLA
DE ARAGÓN



Vida de San José de Calasanz

CAPÍTULO PRIMERO

INFANCIA

1556 á 1571

NACIÓ San José de Calasanz en Peralta de la Sal, notable villa de Aragón, de la cual era gobernador su padre, como ya hemos dicho.

Fueron sus padres D. Pedro, de la nobilísima y aun real familia de los Calasanz, y D.^a María, de la ilustre casa de los Gastón. Tuvieron seis hijos: D. Pedro que fué el primogénito, D.^a María, D.^a Juana, D.^a Magdalena y D.^a Isabel, y San José que fué el sexto. Nació San José el viernes, 11 de septiembre de 1556, en el Pontificado de Paulo IV, y en el Reinado de Felipe II de España. Notan sus historiadores que, seis meses antes de su nacimiento, apareció una magnífica estrella en el grado octavo de la Balanza: era el cometa que tanto impresionó á Carlos V, y que, sin embargo, no le causó grandes desgracias, pues contra sus previsiones vivió todavía dos años.

Recibió en el bautismo el nombre de José que había de llevar con tanta gloria, porque, á ejemplo del gran Patriarca, había de dirigir los primeros pasos de tantos millares de niños. Con los primeros esplendores de la razón se dibujó ya en él singular propensión á las prácticas de piedad. Tan cristianos como nobles sus padres, lo educaron, según las costumbres de la época, en el más grande respeto á las cosas de la Religión: y apenas supo balbucear el *Padrenuestro* y el *Avemaría*, adquirió el hábito de rezar el Santo Rosario, que había de formar la costumbre de toda su vida. Era una felicidad para él que en su compañía lo rezase de rodillas toda la dependencia de la casa. Y en tan tierna edad, eran la admiración de sus piadosos pa-

dres y de toda la servidumbre la facilidad para aprender, y la exactitud en la práctica de las devociones cristianas. Manifestación patente de la vivacidad de su fe y de la grandeza de su valor fué una asombrosa aventura, no propia de tan tierno niño, y que vamos á relatar con la sencillez con que nos la han transmitido sus historiadores.

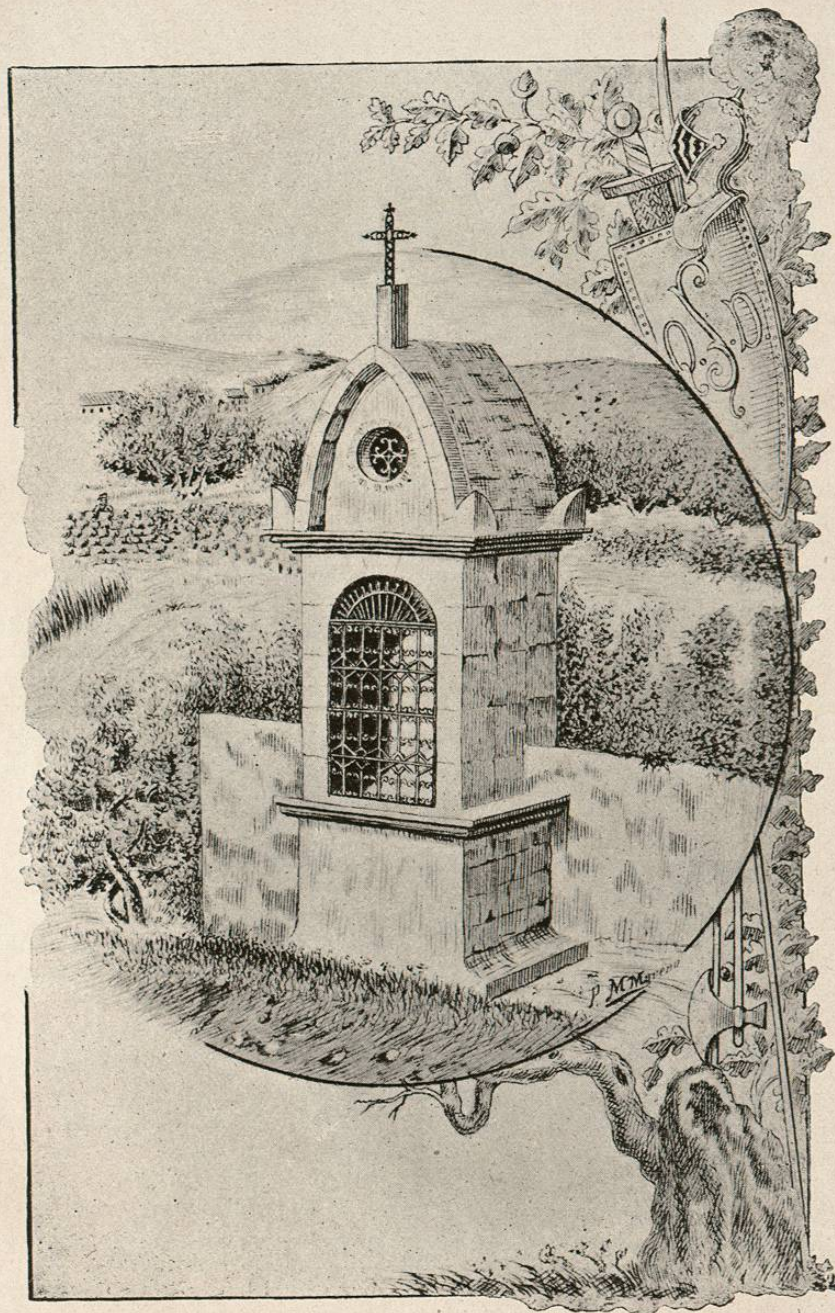
Contaba apenas cinco años, y ya estaba penetrado de la majestad de Dios y de los horrores del pecado. Habíanle enseñado sus padres que el demonio es el enemigo natural de Dios y de los hombres á quienes arrastra al mal para conseguir llevarlos consigo al infierno. Todo se lo representan los niños bajo formas concretas: é imaginando José que el demonio tenía cuerpo visible y material, resolvió darle muerte como á enemigo de Dios y de las almas. Con ingenuo candor reveló su proyecto á cuantos le rodeaban, y armado con un cuchillo, recorría todos los rincones de la casa, desafiando en alta voz al diablo, y tratándole de cobarde, puesto que no tenía valor para presentarse y venir con él á las manos. Se ve que por las venas de nuestro héroe corría la sangre de sus valientes antepasados, y lo mostró bien en el trágico fin que tuvo esta aventura.

Llegó hasta proporcionarse un puñal, y temiendo no encontrarle en casa, resolvió buscarle por el campo. Le acompañó un pequeño niño de su misma edad, y muy amigo suyo, llamado Juan Mosches, (1) de familia ilustre, y que fué después Arcediano y Abad de la real Iglesia de Perpiñán.—A dónde vas tan armado? le preguntó el amigo.—A matar al demonio, contestó José, porque es enemigo de Dios y de los hombres: é invitó á Juan á seguirle. La comitiva aumentó en el camino. José, llevando en la mano el puñal, se puso á la cabeza, y salieron todos de Peralta, recorriendo el campo en todas direcciones sin poder encontrar al demonio. Llegados á un pequeño olivar, desenvainó José el puñal, y en voz alta comenzó á increpar al demonio, tratándole de cobarde, puesto que permanecía oculto. Es demasiado orgulloso Lucifer para escuchar sin contestarlas las provocaciones de un niño de cinco años, y de repente aparece como una terrible sombra en lo más alto de un olivo. (2)

(1) Todavía se conserva en Peralta de la Sal el nombre de la casa de este niño: se llama Casa Marquet. Timón David le llama *Mosches* y el Educador Católico, *Masquez*.

(2) El olivo aquel existe todavía. El Rvdo. P. Francisco Sellarés, dignísimo hermano nuestro de la Provincia de Cataluña, nos manda los siguientes datos. «Dos amigos, vecinos de Peralta de la Sal, discurrían en conversación amena por el camino que pasa frente al olivo. ¿Por qué, dice uno de ellos, todos los olivos elevan sus copas, y ése es el único que las «tiende hacia el barranco?—¿No lo sabes? contesta el otro: *es la Olivereta de Sant Joseph* (con este nombre se le distingue en Peralta de la Sal.

»Desde tiempo inmemorial, la familia poseedora del campo próximo al «olivo, suministraba el aceite de la lámpara de San José de Calasanz en «cambio de las aceitunas que recogía del olivo de que tratamos. Este campo se llama todavía hoy *el campo del Justo*.



MONUMENTO LEVANTADO EN 1903

PARA PERPETUAR LA MEMORIA DEL HECHO PRODIGIOSO DE NUESTRO SANTO—

Embargados de espanto, detiéndose los infantiles guerreros; pero José que ve colmados sus deseos, toma con los dientes el puñal, y valiéndose de los piés y de las manos se esfuerza por subir al árbol. Gracias á su sorprendente agilidad consigue subir, y tomando el puñal con la mano, se lanza contra el demonio para herirle, más la gruesa rama en que se halla, y que podía soportar muy bien peso mayor, se desgaja bajo sus piés, y desaparece el demonio. Creía el enemigo que había muerto al pequeño infante, haciéndole caer desde tanta altura; pero, salvado por el Señor, y sin desalentarse por la caída, se levanta inmediatamente, recorre todo el olivar, examina uno por uno los olivos, desafiando segunda vez al demonio, mas en vano.

Era esta aventura predicción de la vida de San José, empleada totalmente en combatir á Satanás, y en soportar los asaltos de su formidable cólera. En efecto, veremos más tarde que al exorcizar á un energúmeno, confesará el demonio que en aquel momento no tenía en el mundo enemigo más grande que José.

No había tenido pequeño número de testigos aquel suceso para dejar de tener gran resonancia. Era imposible además no admirar tan prodigioso valor y fe tan maravillosa en un niño de cinco años. La aparición, la venganza del demonio, la protección dispensada por Dios al pequeño niño, todo era singular en aquella aventura. La familia de Calasanz estaba asombrada. ¿Qué podría ser un día aquel niño? ¿Sería un valeroso guerrero despreciador de toda clase de peligros, cuando le tocase combatir frente al enemigo? Pero aquella maravillosa intervención del demonio obligaba á pensar en otros destinos: era evidentemente un niño de bendición. No tardó en confirmar la general opinión otro hecho aunque de naturaleza distinta.

Era año de gran carestía; y había comprado gran cantidad de trigo para las necesidades de la villa el gobernador de Peralta, pagándole anticipadamente. Llegó el día señalado, y el trigo no aparecía, no siendo pequeña la ansiedad del Gobernador, pues comenzaban á escasear los víveres, y no había medios para adquirir otros: sin duda que habían obrado de mala fe los vendedores, porque nadie, en muchas leguas á la redonda, daba noticias del convoy. Entregado el Gobernador á tan tristes presentimientos, apareció José lleno de alegría, suplicándole que se tranquilizase y confiase en Dios, prometiéndole que no tardaría en llegar el convoy. La misma tarde entraron en Peralta las mulas cargadas del deseado trigo. Era el primer indicio de aquel espíritu de profecía que de tal manera se había de manifestar en la vida de nuestro Santo.

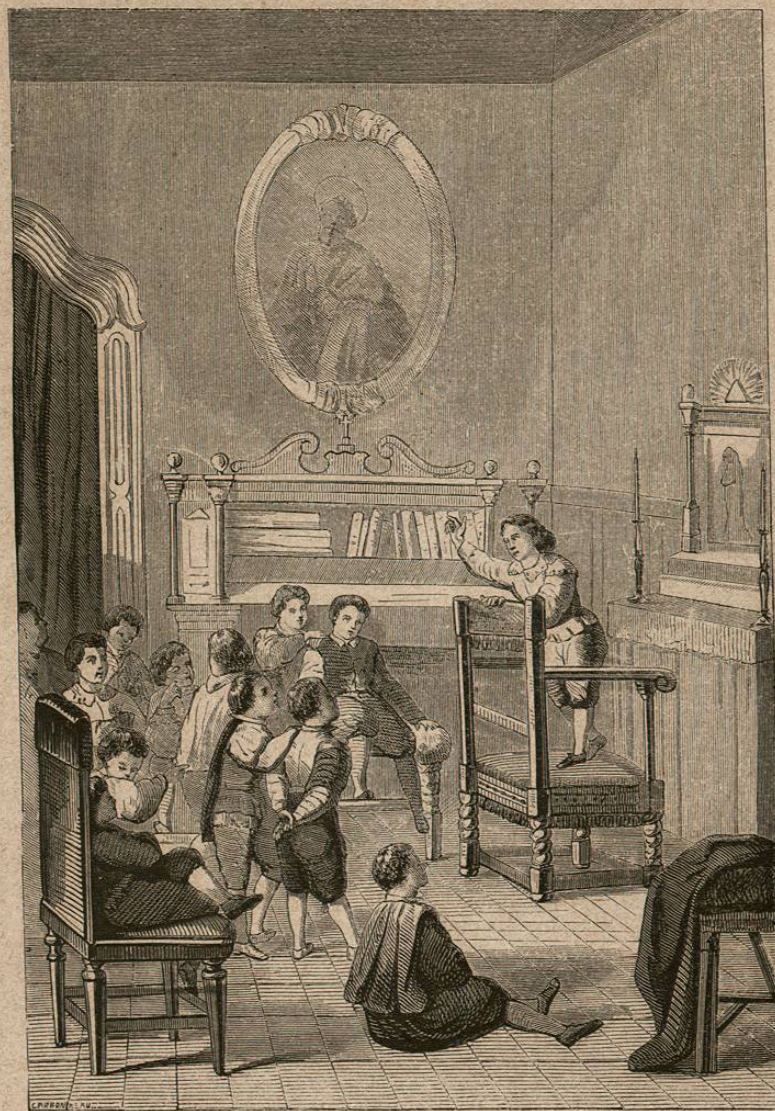
»Con motivo del hermoso monumento levantado el año 1903 junto al olivo, para perpetuar la memoria del hecho prodigioso de nuestro Santo Fundador, la familia poseedora del tal olivo ha cedido todos sus derechos á los PP. Escolapios de Peralta de la Sal.»

Conmovidos estaban los padres de José ante las manifestaciones que hacía en su hijo la divina gracia, y dedicáronse á secundar, según su poder, los designios de la Providencia. Proporcionáronle maestros de probada virtud. No tardó José en aprender á leer, rezando desde entonces hasta su muerte el Oficio Parvo de la Santísima Virgen á la cual desde sus primeros años profesó la devoción más tierna, siendo mayor aún la que profesaba á la Sagrada Eucaristía. Cifraba su dicha en asistir á la Santa Misa, oyéndola con especial devoción, con angelical modestia y con espíritu de fe muy superior á su temprana edad.

La manifestación extraordinaria de aquella virtud hacía presagiar en José su futura vocación. Todavía niño, reunía en torno del altar á otros niños de su edad, adornándolo con el lujo á que podía alcanzar. Atraía á los niños con regalos, haciendo pasar á las inteligencias de su infantil auditorio las lecciones de Catecismo que le daban sus maestros: y subiéndose á veces á una silla, imitaba á los predicadores de la Iglesia, excitándolos con bien convencido acento á amar á Dios, y á detestar el pecado. Terminaba el ejercicio, rezando el Rosario, y cantando himnos ó salmos. Y no era aquello, como sucede entre los niños, simple pasatiempo de su tierna edad, porque la seriedad de sus actos, el vigor de su piedad, y la profundidad de su respeto, cautivaban á sus pequeños compañeros, y excitaban la admiración de las personas mayores. Además, todo su continente era testimonio elocuente de la sinceridad de su virtud. Obedientísimo á sus padres, respetuosísimo con sus maestros, sus órdenes eran para él la voz de Dios. Su delicadeza para con los numerosos sirvientes y para con los que frecuentaban la casa, le ganaron por completo todos los corazones.

Habíalo enriquecido el Señor con el inapreciable don de la pureza. Apenas tuvo uso de razón, se rodeó de extremadas precauciones hasta el punto de no permitir ni á su madre que viese desnuda parte alguna de su cuerpo. Y comprendía ya entonces que sólo con la austeridad de la vida se puede conservar el don de la pureza. Leíanse con frecuencia en familia las *Vidas de los Santos*, y no sólo escuchaba José con avidez, sino que, reteniendo lo que había oído, se esforzaba por imitar aquellos actos heroicos de penitencia, tan numerosos en la vida de los Santos, preludiando de este modo las extraordinarias austeridades de su vida. Afligia su cuerpo con penitencias muy superiores á su corta edad, acostándose con frecuencia en el desnudo suelo y en una simple tabla para tomar un pequeño reposo.

Era evidentemente niño de bendición, naturaleza rica prevenida por los más grandes dones de Dios que la destinaba para cosas grandes. Pero hay que convenir en que la educación cristiana de aquella época preparaba á los niños para recibir tan divinos favores. El medio ambiente en que se desenvuelve la vida de familia favorece las inclinaciones más hermosas. ¡Cuántos en nuestros días se elevarían á la más grande santidad, si

M^o BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

S. José de Calasanz á la edad de seis años explica la doctrina á otros niños, y los induce á ejercicios devotos.